



VII JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES

Guion para la homilía

Desarrollar nuestros talentos

Vivimos tiempos de crisis acumuladas. Tras la pandemia provocada por la Covid-19, vino la guerra de Ucrania, el aumento de la movilidad humana, la evolución del coste energético y la inflación... Esta situación, tanto en el ámbito local como mundial, ha acrecentado la pobreza y la desigualdad, «como un río que se hace cada vez más grande hasta desbordarse».

En este contexto celebramos la VII Jornada Mundial de los pobres con el lema «No apartes tu rostro del pobre», una invitación a toda la Iglesia universal a practicar la misericordia y la caridad con gestos concretos, contenido central del Evangelio. Por eso «este domingo nos reunimos en torno a su Mesa para recibir de Él, una vez más, el don y el compromiso de vivir la pobreza y de servir a los pobres».

La Palabra de Dios nos invita a una actitud activa en la vivencia de nuestra fe. Jesús nos interpela a desarrollar los talentos que el Padre nos ha regalado para crecer como personas y mejorar nuestro mundo.

Todos convocados a colaborar y a rendir cuentas

El cristiano no es indiferente ante la situación que está viviendo nuestro mundo y ante los que más sufren sus consecuencias, al contrario, la contempla como el escenario donde Dios se hace presente para aliviar, sanar y consolar, y donde nos invita a colaborar con Él en la extensión del Reino de Dios.

Si bien Dios es el que hace posible que el Reino crezca y se desarrolle misteriosamente, no nos exime de aportar el fruto de nuestros talentos y de tender nuestras manos en favor de los que sufren. Todos hemos sido convocados a colaborar. De ahí, el deber de rendirle cuentas. Debemos preguntarnos si nos hemos comprometido suficientemente o, por el contrario, si la prisa nos impide detenernos, socorrer y hacernos cargo de los demás, apartando el rostro de los más pobres. Es tentador vivir sin comprometerse en nada que pueda complicar la vida, defendiendo el propio bienestar; por otra parte, «delegar en otros es fácil; ofrecer dinero para que otros hagan caridad es un gesto generoso», sin embargo, se corre el peligro de vivir una vida estéril y sin horizontes, porque «la vocación de todo cristiano es implicarse en primera persona».

La atención a los más pobres no es algo opcional, sino expresión de la autenticidad de nuestra fe y la verificación de nuestra oración. Como suele repetir con frecuencia el Papa, oración y solidaridad son inseparable y ambas configuran el auténtico culto agradable al Padre.

No apartes el rostro

Cuando estamos ante un pobre no podemos volver la mirada hacia otra parte, porque eso nos impedirá encontrarnos con el rostro del Señor Jesús. Al contrario, enfermos, ancianos, migrantes, pobres y excluidos esperan que con gestos concretos les mostremos el rostro misericordioso de Dios.

Una advertencia: puede ser que pongamos los talentos al servicio de la propia auto-realización y que «en lugar de servir nos pongamos siempre primeros». Cuando vivimos «auto-referenciados» y lo propio va por delante y por encima de las necesidades de los demás, las lágrimas del prójimo pasan inadvertidas y se tiende a descuidar todo aquello que no forma parte de nuestro bienestar, subiendo el volumen del mismo y silenciando las voces de los que viven en pobreza. Sin embargo, toda comunidad cristiana, todos nosotros «estamos llamados a encontrar a cada pobre y a cada tipo de pobreza, sacudiendo de nosotros la indiferencia y la banalidad con las que escudamos un bienestar ilusorio».

Pero no basta con acoger a los pobres y ofrecerles limosnas apresuradas. Las nuevas formas de pobreza, consecuencia de las guerras, la especulación financiera, el desorden ético del trabajo, los accidentes

laborales etc nos comprometen a luchar por cambiar aquellas situaciones injustas, lo que nos lleva también a reclamar un «compromiso político y legislativo serio y eficaz para acabar con la pobreza». «Se trata, como dice el santo padre, de estimular y presionar para que las instituciones públicas cumplan bien su deber».

Una jornada para compartir la Eucaristía, «la mesa y el mantel»

La Jornada Mundial de los Pobres va más allá de una simple colecta. No se trata de hacer algo «por» los pobres, sino «con» ellos, favoreciendo el encuentro y el diálogo fraterno, la mesa compartida y las relaciones interpersonales para descubrir la fuerza salvífica contenida en ellos.

Damos gracias a Dios por tantas personas que viven entregadas a los más vulnerables de nuestra sociedad. No son súper-hombres, sino vecinos de casa, que en silencio se hacen pobres y con los pobres, no solo dando cosas, sino escuchando e intentando comprender la situación que viven las personas empobrecidas y trabajando por su promoción, implicándolas y acompañándolas en un proceso de cambio y de responsabilidad. No cabe duda que «el Reino de Dios se hace presente y visible en este servicio generoso y gratuito».

Pidamos a la Virgen María, madre de los pobres, que nos ayude a no encerrar la caridad y nuestros talentos en el fondo del corazón, a «no apartar el rostro del pobre, y a mantener nuestra mirada siempre fija en la faz humana y divina de nuestro Señor Jesucristo» para que nuestra caridad, como decía Santa Teresa del Niño Jesús, alumbre y alegre la vida.